

EDITORIALES

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Ministro de Relaciones Exteriores, señor Rector de la Universidad, señores Profesores, señores:

Profundo sentimiento embarga nuestro espíritu al rendir hoy este homenaje al ilustre hombre de ciencia doctor Carlos Esguerra, ex-Rector y Profesor de la Facultad de Medicina, que tuvo en él uno de sus más distinguidos mentores, un infatigable luchador por su progreso y un adalid de causas nobles y generosas.

Merecimientos innúmeros distinguieron al Profesor Esguerra en su vida dedicada al estudio y al bien de sus semejantes. Profesor de Patología médica y de Clínica Médica, hizo de su Cátedra verdadera tribuna de positivos conocimientos, encauzando a la juventud por senderos de investigación; como Rector de la Facultad a él se debe la visita de la Misión Francesa, que tan severamente estudió las condiciones de este Instituto y propuso eficientes mejoras que debían implantarse para modernizar los métodos de enseñanza y crear una verdadera escuela de orientación práctica. Fué éste sin duda alguna un gran paso de avanzada que contribuyó a colocar nuestra Facultad en el plano de primera categoría que hoy tiene, y que ha hecho que sea mirada con respeto aún más allá de nuestras fronteras.

Con grande honor para nosotros correspondíonos colaborar desde la Cátedra de Patología Externa, que entonces regentábamos, con el Profesor Esguerra así como también en el Consejo Directivo de la Facultad, del cual formábamos parte en aquella época. Y debemos anotar que fué precisamente bajo su Rectoría que hubo de darse por primera vez representación al estudiantado ante el Consejo, medida ésta de grande importancia para la mejor solución de problemas y para una mayor armonía entre las Directivas de la Facultad y el es-

tudiantado, llegando a obtener en esta forma una valiosa adquisición, que permitió a los estudiantes conocer; por medio de sus voceros y representantes la marcha de la Facultad, intervenir en la solución de sus problemas y exponer todas las justas reclamaciones que consideren necesarias.

En esa época se dió un gran impulso a la Biblioteca de la Facultad, creándose el puesto de Director científico de la misma, haciendo todos los esfuerzos necesarios para dotarla de las más modernas obras, e implantando lo que podemos llamar la Biblioteca circulante, orientación que busca que el libro vaya al lector y no el lector al libro. Fruto así mismo de la época rectoral del Profesor Esguerra fué la fundación de la Revista de la Facultad, cuyo primer número publicamos en Junio de 1932 y que ha venido saliendo sin interrupción hasta hoy, con incansable esfuerzo para colocarla dentro de las mejores de su género, y tener siempre a disposición del cuerpo médico y del estudiantado, una tribuna del pensamiento y la divulgación científica, que lleve a todas partes el esfuerzo de nuestros hombres de ciencia y nos tenga en permanente contacto con la cultura médica de otros pueblos.

Y no debemos olvidar que fué el Rector Carlos Esguerra, quien con amplia visión del futuro, creó la Agregación cuyos benéficos resultados en la enseñanza han confirmado plenamente su bondad y contribuido a la mejor preparación del numeroso estudiantado que acude hoy a nuestra Facultad.

Hombre de elevadas condiciones morales, dotado de clara inteligencia y magnífica preparación, como heredero de las virtudes de su ilustre padre, el Profesor Carlos Esguerra encauzó sus actividades profesionales por el más severo camino de rectitud, que lo colocó siempre en el primer plano entre sus conciudadanos.

Investigador infatigable y amigo del progreso de su Patria, no ahorró esfuerzo alguno y laboró sin descanso en los campos de la cultura, dejando un ejemplo de alto civismo que tiene su mejor exponente en la Clínica de Marly, primera casa de salud establecida en esta ciudad y que continúa la tradición de progreso y servicio social que él le imprimiera.

Colocados hoy nosotros en este puesto directivo que el Profesor Esguerra supo aprestigiar, queremos rendirle el tributo emocionado de nuestra veneración y gratitud y señalar su nombre y su memoria

como símbolo de trabajo, de dinamismo y rectitud de generaciones presentes y futuras.

Al descubrir la efigie del ilustre Profesor Esguerra, continuando una tradición que ordena engalanar los muros de este severo recinto con los retratos de sus Rectores desaparecidos, se agrupa en nuestro espíritu el fervor por todos y cada uno de los sabios maestros que dirigieron los destinos de este Plantel, y experimentamos una intensa emoción evocadora de sus sabias enseñanzas. Porque aquí bajo la sombra vigilante y protectora de estos beneméritos varones, todos los que hemos tenido el honor de ser continuadores de su obra, estamos inspirados en el mismo anhelo de luchar por el progreso constante de nuestra Facultad, y un mayor engrandecimiento de nuestra Universidad Nacional para gloria de la Patria.

Y han desfilado hacia el reposo definitivo todas las nobles figuras cuyos retratos presiden la severidad de este recinto que convida a la meditación y al estudio. Pero su memoria y su obra imperecedera alientan de continuo el espíritu y el trabajo de estas aulas y orientan en todo momento a sus dirigentes infundiéndoles nuevas energías para tan ardua obra.

Dejamos la palabra al Profesor Edmundo Rico, quien sabrá bellamente exaltar los méritos del ilustre desaparecido como gran conocedor de su obra y alto valor representativo de esta Facultad.

* * *

Excelentísimo señor Presidente de la República, señor Ministro de Relaciones Exteriores, señoras, señores.

El año de 1922 envuelve para mí y seguramente para quienes entonces eran mis condiscípulos en medicina, época perdurable de trascendentes recordaciones. Previamente sutilizada nuestra ideología por la vivacidad biológica de Julio Marinque y, despierto el olfato diagnóstico por la transparencia penetrante como Juan N. Corpas, burilaba los síntomas en el bloque analítico de su trajinar clínico, paladeábamos, todos, aquellas enseñanzas con el deleite inquieto de una imparcialidad agradecida.

En ese amable lapso universitario todos los días y poco antes del atardecer, nos reuníamos en la puerta de la Facultad del Parque de los Mártires, los alumnos del Cuarto Año de Medicina. El sol, en

su espléndida decrepitud pre-agónica, fantaseaba por igual la agudeza imaginativa como la percepción del mundo anímico: el estridor de las locomotoras llegábase al sensorium bajo resonancias hiperestésicas mientras la espadaña del Voto Nacional, adquiría evanescencias alucinantes.

Eran las cinco de la tarde. Con puntualidad cronométrica —y por el costado nordeste del parque—, aparecía entonces el cuerpo diminuto de Carlos Esguerra con su clásica marcha, ni apresurada ni lenta, ni arrogante ni tímida, ni nerviosa ni asténica. La suya, fué una marcha que nunca cambió de amplitud y que jamás modificó su ritmo. Fué una marcha paralela a su temperamento: equilibradamente sereno.

Retrotraigamos el pasado para revivir, ahora, las enseñanzas teóricas de Patología Interna profesadas por Carlos Esguerra; en el aula de conferencias llega hasta el pupitre y, sin mover el tosco taburete, se sienta. Una vez corrida la lista, tercia los pies hacia cualquier extremo del asiento, y empieza a disertar, imprimiendo, maquinalmente a ras de mesa, con el índice y pulgar de ambas manos, continuas vueltas horizontales a su bastón o a su lápiz.

Habla lenta, sonora, pausadamente. Su palabra fácil, catalizada en fluidez, no tiene estaciones. Es continua desde el principio hasta el final de la clase. La musculosa potencialidad de sus conocimientos no deja de interrumpirse, ni siquiera por un segundo, sobre la firme pantalla de su memoria.

Cuando bajo el hilo uniforme de la exposición, el aire residual se desequilibra en los pulmones, el profesor Esguerra, sin interrumpirse ejecuta entonces una inspiración inconsciente, algo carrasposa. Inspiración sólo percibida por su auditorio tras la prominencia inusitada que suele tomar la manzana de Adán del conferencista.

¡Gayos tiempos aquellos los de Carlos Esguerra cuando durante treinta años modelara insuperablemente nada menos que a seis generaciones médicas! Sus exposiciones magistrales —impregnadas del didactismo inmortal de la escuela francesa de Armando Trousseau y Michel Peter— sobresalían por la sobria variedad del saber; por la majeza fisiopatológica del conjunto así como por el engranaje literario en que iban trenzadas.

El modo sencillo y probo como Esguerra relató siempre los históricos clínicos en que personalmente tocó actuar, cobraba deon-

tológico contraste con el descaro fatuo de no pocos mediquines cuyos relatos de mentirosos milagros apenas si vienen a confirmar sus tristes escaramuzas en la inofensiva pero comercializada retaguardia científica.

Porque no eran precisamente los casos de curaciones (que los tuvo, y muchos) los intercalados por el doctor Esguerra en sus enseñanzas. No. Fueron los peligrosos y, en veces los de terminación fatal, con los que el patólogo, cual experto vigía, iluminara certeramente los primeros pasos clínicos del estudiante.

* * *

Poseía Esguerra el don supremo de fijar en la mente de sus discípulos, el rasgo esencial, las ondulaciones protuberantes indispensables para el diagnóstico y, fundamentalmente para el pronóstico de las diversas entidades morbosas que aquejan los sistemas funcionales del coloide humano. Así, en las afecciones cardíacas, a él poco le importaba la cantidad de los estragos orificiales propiamente dichos, sino, ante todo y por sobre todo, la calidad del terreno unida a la virulencia de causas reumatismales, poliesclerosas, tóxicas, infecciosas o septicémicas.

Los síntomas, en una palabra, significaron para el profesor Esguerra únicamente gritos desordenados de los órganos enfermos pero jamás, entidades nosológicas definidas: las ictericias, las anemias, las dispepsias, los temblores, las albuminurias, las fluctuaciones vago-simpáticas, etc., etc., que alcanzaron otrora el complicado título de "enfermedades", para Carlos Esguerra, lejos de ser el índice vehemente de algún diagnóstico apenas si representan en crucijadas engañosas, en cuyos espejismos deplorables la fragilidad clínica se engolfa en el error, o en la impotencia terapéutica. ¿Verdad que resulta espléndido que éste varón, educado y graduado en las doctrinas de 1885, pensara, enseñara y practicara dentro de los postulados patogénicos de la medicina contemporánea?

El Profesor Esguerra sin darse por satisfecho con dominar a su antojo la Patología Interna, emprendió, tenaz, tercamente exploraciones meritorias en busca de la Geografía médica, de la contagiosidad y de la autonomía de tres entidades patógenas: la fiebre amarilla, la lepra y el tifo exantemático

Doctorado por la tercera vez en la Universidad de París, en

1889 en su tesis, "COTRIBUTION A L'ETUDE DE LA FIEVRE DU MAGDALENA", sostenía que la llamada fiebre de las epidemias no era otra cosa sino el terrorífico Vómito Negro. Hé aquí sus conclusiones:

1º La epidemia malárica con sus recrudesencias epidémicas anuales forma por sí sola la Patología Febril en la mayor parte del alto Magdalena.

2º Estoy convencido de que la fiebre amarilla, existe, así mismo, en el valle del alto Magdalena y que fué ella a que dió base a las grandes epidemias, objeto de mi estudio.

3º En su estado de enfermedad permanente, la fiebre de las epidemias permanece silenciosa durante la mayoría del año, mostrándose casi exclusivamente en la recrudesencia de la endemia malárica y tomando algunas veces, la marcha epidémica; y,

4º Un estudio anatomo-patológico más completo e investigaciones microbiológicas son necesarias para demostrar hasta la evidencia, la naturaleza amarilla de la fiebre de las epidemias".

Por aquella época imperaba el dogma de que las endemias de fiebre amarilla eran patrimonio exclusivo de las regiones costaneras, de los puertos marítimos o de su vecindad así como de la desembocadura de los grandes ríos. "El Vómito Negro —tronaba la autoridad indiscutible de Jaccoud desde la página 657 del tomo II de su jugosa Patología Médica— no se esboza por encima del litoral sino bajo la forma de epidemia importada sin que en ninguna parte sea endémico más allá de algunas centenas de pies sobre el nivel del mar".

La tesis revolucionaria de Carlos Esguerra consistente en que la fiebre amarilla existía en las regiones del alto Magdalena y en el interior del país produjo, como era de esperarse, gestos de altanera incredulidad en los dómines de la ciencia francesa. Y hasta tal punto indignó a su dirigentes que el profesor Peter negóse a patrocinarla. Empero, resultaban tan perentorios y razonados los argumentos y observaciones de su autor que el profesor Dieulafoy aceptó la presidencia del erudito trabajo. Hoy, el correr de los lustros en su continuo pero cambiante devenir, demuestra que la "Fiebre del Magdalena" descrita en 1889 por Carlos Esguerra o, lo mismo, la fiebre amarilla no era, ni mucho menos, una utopía geográfica.

Durante treinta y ocho años, el profesor Esguerra desde la tribuna severa de la Academia Nacional de Medicina (de la cual fué Presidente y Miembro Honorario); desde su cátedra de Patología Interna; en las revistas médicas; en la prensa y, notoriamente, desde las columnas de "El Tiempo" de Bogotá, defendió, con extraordinaria energía y, en veces hasta con subido ímpetu a quienes el destino marcara con el mal de Lázaro.

Con sutil dialéctica demostraba que el contagio de la Lepra, no alcanza la misma expansividad ni virulencia que los de la sífilis ni la tuberculosis. A este profesor eminente, débese el hecho patriótico de que a Colombia se hubiese quitado aquel sambenito —mil veces injusto— de que fuera el país del mundo más arrasado por tan desoladora enfermedad.

Este aislamiento trágico e inmisericordemente implacable que en alguna ocasión se pretendiera efectuar con nuestros leprosos en solitarias islas, sublevaba la conciencia patricia de Carlos Esguerra comoquiera que el contagio de la lúe venérea y del bacilo de Koch, arraigados e intensamente esparcidos entre nosotros, señala derroteros estadísticos superiorísimos al del mal de Hansen.

"No puedo negar —escribe Esguerra— que en el año de 1892 estuve muy apasionado en la academia de Medicina, por la convicción íntima que tengo de la Justicia de la causa que defiendo; y que la defensa la hice con tal vehemencia, que viendo entre los sostenedores del gran lazareto a dos colegas tuberculosos que por su enfermedad poco concurrían a las sesiones de la Academia y pudiendo colocarme en este momento al lado de ellos y de otros académicos que también se decía que eran tuberculosos porque acababan de pasar un segundo ataque de pulmonía, terminé uno de mis discursos diciendo: Es cuando menos sorprendente que en nombre de la ciencia nos reunamos los tuberculosos para aconsejar el aislamiento brutal e insular de los leprosos".

Y como a Carlos Esguerra puede aplicarse con perfilada donosura la frase aquella del pensador López de Mesa de que "la vida es una deliciosa ocasión de servir", ninguno de nuestros compatriotas abogó tanto como él porque a los leprosos se les amparara bajo éste triple lema: humanitarismo científico, caridad profiláctica y conciencia fraterna. Esguerra, es el autor moral de la Ley 32 relativa a la organización de nuestros lazaretos.

Rudos ataques soportó a cambio de estas innovaciones. Pero la gratitud —que esporádicamente rezuma de algunas almas sensibles— vino a restañar las heridas estoicas. Desde la lejanía de los leprocomios un dolorido artista musical cuya emoción creadora palpita en los acordes nostálgicos del “intermezzo” sintetizaba en este telegrama, el fervor uniforme de sus compañeros en el infortunio: “Agua de Dios, 17 de agosto de 1928. Profesor Carlos Esguerra. Bogotá. Si su bellísima composición pudiérase extractar en verso, yo adaptaría música para cantarla como himno de esperanza, libertad y amor. Atento servidor, Luis A. Calvo”.

* * *

Cierta apasionante y apasionadora pugna científica, separó siempre a las dos escuelas que en nuestra Facultad de Medicina capitanearon José María Lombana Barreneche y Carlos Esguerra.

La lógica intuitivamente genial del incomparable clínico de San Juan de Dios, sostenía que la fiebre-tifoidea y el tifo exantemático procedían de la metamorfosis de un mismo germen mientras Esguerra aseguraba la dualidad etiológica de la una y de la otra. ¿A quién la razón? ¿Era el Tifo Negro, el famoso “Tabardillo” que el señor Groot describe cristianamente en su *Historia Eclesiástica y Civil de la Nueva Granada* y que, según toda probabilidad introdujeron en nuestra simbiótica (y ahora tan rememorada hispanidad criolla) los conquistadores españoles?

¿Por ventura, no resulta más acorde, con la ley evolucionista, valedera para los infinitamente pequeños, agudizar el problema sindromático eslabonando en igual cadena morbosa, aunque en extremos diversos, la fiebre peteual, con la enteritis dotienentérica?

Y como los microorganismos y las enfermedades también tienen sus estados alotrópicos, la respuesta aparece clara: es más clínico, más biológico y tal vez hasta más académico pensar que el tifo negro equivale a una fiebre eberthiana, a una tifoidea hipertóxica o a lo que yo resumiera en esta metáfora: el tifo exantemático es lo que el ozono al oxígeno: una fiebre tifoidea condensada.

Con ello y todo, el profesor Esguerra, no cejó, ni por un momento en su incansable posición científica: para él y su escuela, una cosa es la Dotienenteria y, otra muy diferente la fiebre peteual. Ambas entidades simbolizan dos antípodas; dos bajeles, con timone-

ros opuestos con tripulaciones diferentes, con brújulas antagónicas, bogando —digámoslo así— por el mar patógeno de la vida.

Por reiteradas y alentadoras sugerencias suyas, uno de sus discípulos predilectos don Luis Patiño Camargo, realizó bajo la dirección técnica del malogrado bacteriólogo Jorge Martínez Santamaría, una serie de trabajos experimentales que dió por resultado una erudita tesis de grado sobre "Tifo negro en Bogotá", aparecida en 1922.

Aquel trabajo aportó recio golpe a la escuela de Lombana Barreneche. Sin embargo, sus teorías, todavía permanecieron enhietas. Pero, el Profesor Patiño Camargo, —a quien caracteriza constitucionalmente la más abscondida paciencia benedictina enhebrada en insomne fervor experimental— continuaba atacando el fortín lombanista, al parecer inexpugnable. Y a fe, que ahora lo ha minado. Porque el hallazgo, aislamiento y comprobación del virus de la fiebre petequial de Tobia, no solamente le presta movido interés a las enfermedades tifoexantemáticas y a los estudios actuales que en los dos continentes se perfeccionan sobre "Rickettiasis", sino que hoy hace ondular al viento veleidoso de la ciencia, el estandarte de la autonomía del Tifo Negro del cual fué precursor y sostenedor en Colombia, la perspicacia clínica de Carlos Esguerra.

* * *

Si el rendimiento mental de un sér se valoriza por las proyecciones permanentes de su inteligencia, en cambio, la veta activa, la acción misma de su temperamento, se mide por las obras, por los golpes y contragolpes que dejara su personalidad en la impavidez áspera de la brega terrena.

Bajo esta faceta, el carácter combativo, progresista y revolucionario del doctor Carlos Esguerra, surge pleno de sugerencias, de jugos pasionales, de interés subyugante. Si la serenidad aureoló gran parte de su vida, sucediéronse, así mismo, en ella, luchas a brazo partido con la incomprensión; combates cuerpo a cuerpo con el realismo de éste nuestro trópico; lapsos trágicos de angustia moral; gestos espartanos; congénitos brotes de dignidad y agudas, muy punzantes decepciones así de los hombres como de la existencia toda. En esta serie de episodios movióse el profesor Esguerra con espon-

tánea arrogancia viril para llegar luego, sano y salvo al foco céntrico de su carácter: ¡la paz de la conciencia!

Clareó el año de 1900 para Bogotá, sin que ni siquiera las ramas higiénicas y profilácticas de la Medicina, se hallaran aquí en gestación. En los hoteles, colegios, residencias y fondas, las enfermedades infecto-contagiosas o los casos urgentes de cirugía que en la ciudad se presentaban no tenían otra solución sino la de sembrar epidemias y procurar alarmantes porcentajes de letalidad operatoria.

Venciendo innúmeros obstáculos e imponiéndose resueltamente a nuestra rutina tradicional, a nuestro endémico *laissez-faire*, Carlos Esguerra fundaba, por primera vez en Colombia en 1903, una Sociedad Anónima de Casas de Salud y Sanatorios, que con el progresar del tiempo se transformó en el ya histórico y admirablemente bien equipado MARLY. A esta Casa de Salud, hechura suya e hija predilecta de su labor social, consagró el profesor Esguerra, lo más óptimo de su dinamismo. Presentía que en aquel lugar tarde o temprano, su personalidad iba a continuarse, brillantemente, en sus dos preclaros vástagos los Profesores Alfonso y Gonzalo Esguerra Gómez.

Desde su fundación, y hasta hace dos lustros, íntegra la mañana, la dedicaba Carlos Esguerra a Marly para regresar ya entradas las doce a la ciudad. Me parece verlo, ocupando en el tranvía, tímidamente, sin ostentaciones ni jactancias, cualquier puesto que encontrara. Y, muchas veces, al contemplar balancearse su cuerpo diminuto y jiboso, bajo las ondulaciones que los repliegues de la ruta imprimen al carro, pensé, no sin envidia, en el escaso número de quienes rubrican el día con la serena plumada del deber cumplido....

* * *

En 1928, el Profesor Esguerra que desde 30 años atrás sucediera en la enseñanza de Patología Interna al doctor Nicolás Osorio, fué nombrado catedrático de Clínica Médica en el Hospital de San Juan de Dios.

Hallábase, a la sazón, en el máximo dominio de su robustez mental y, apto, como pocos, para orientar con elegante maestría, una materia que es la cima y es la base; que es la medula y es el cerebro y que es la carne y es el alma de la medicina entera.

Con el brío peculiar, Esguerra llevó a la cabecera del enfermo hospitalario el almáximo práctico de sus conocimientos potentes. Pero como allí sí había un clínico de vanguardia, el gran didáctico comulgaba con exactitud en esta frase admirable formulada por la pedagogía francesa: “El diagnóstico de un enfermo no debe determinarse por la suma de exámenes hechos en laboratorios diferentes por especialistas diferentes. Es necesario, primero, examinar patogénicamente al enfermo, luego formarse un concepto clínico de su enfermedad, y, en fin, pedirle al laboratorio el complemento que necesita aquel examen”.

Una vez más tenía el profesor Esguerra, la oportunidad de insistir en su clínica porque sus discípulos consideraran la apendicitis no como una dolencia susceptible de ceder a la terapéutica sintomática y paliativa, sino como la más típica de las enfermedades médico-quirúrgicas. Es decir, que el único tratamiento de las afecciones apendiculares —así sean agudas o crónicas, es la extirpación precoz del órgano vermicular. Convencido de las ideas, al respecto, sostenidas desde 1896 por Dieulafoy, Carlos Esguerra fué el primero entre nosotros que en materia de apendicectomías defendió ahineadamente y puso en íntimo contacto —en proporciones que le honran— las relaciones estrechas, salvadoras e inseparables de no escasas enfermedades clínicas con la cirugía. Este hombre poseía la videncia científica de las transformaciones futuras.

Breve resultó la permanencia del Profesor en aquella clínica. Para desgracia suya y de sus alumnos, quiso escoger el nombre mío, en calidad de médico hospitalario y como su colaborador inmediato. Con el cariño inalterable que me dispensara, tuvo a bien escribirme a Francia, ofreciéndome la jefatura de sus servicios en epístola que conservo como el mayor galardón recibido en ésta mi accidentada existencia. A mi regreso al país, los reglamentos entonces estrechos y ateromatosos de la H. Junta de Beneficencia, vetaron mi nombre. Los artículos son los artículos; los incisos son los incisos y los Estatutos por anquilosados que fueren, son los Estatutos.

El Profesor Esguerra sublevóse contra quienes así amenguaban su voluntad e independencia. En gesto munífico presentó renuncia irrevocable de su Clínica Médica, seguida de la de sus hijos, el uno Profesor de Fisiología y el otro del Laboratorio de Rayos X. El profesor Tulio Forero Villaveces, por esos tiempos Jefe de Clínica, en

noble ejemplo de solidaridad, igualmente dejaba su cargo. Un conflicto de justiciero fundamento empañó el panorama universitario. Los estudiantes de la Facultad de Medicina amén de la inmensa mayoría del profesorado opusieron gallarda resistencia a que Carlos Esguerra se retirase de su cátedra. La crisis cobraba amenazantes proporciones. “No nos resignamos —escribía el cuerpo docente de la Escuela, encabezado por Juan David Herrera— a ver separarse de estos claustros a quien a través de los años de nuestra vida universitaria y profesional hemos aprendido a respetar como maestro, a admirar como hombre de ciencia y a estimar como amigo y colega incomparable. Ni nos conformamos con ver que languidezca en nuestro hospital la antorcha que con brillo cada vez mayor han conducido Josué Gómez, Osorio, Lombana Barreneche y Carlos Esguerra”.

Por su parte, el “Comité Ejecutivo Nacional de Estudiantes”, en encendida protesta, lo mismo que la prensa pusieron, sin ambages, al servicio de tan hermosa causa. Grandiosas manifestaciones universitarias acudían a la mansión del profesor Esguerra en solicitud de que tornara a su cátedra. Todo inútil porque la Junta de Beneficencia se aferraba a la subterránea mohosidad de sus estatutos mientras Carlos Esguerra, heredero integérrimo del bien fundado orgullo de su epónimo padre y, defensor irreductible de la independencia profesional y de la palabra empeñada, respondía a la multitud estudiantil, en máscara improvisación con estos pensamientos, en verdad, dignos de Marco Aurelio: “Caigo vencido no por la deshonra ni la decrepitud senil sino por defender la autonomía universitaria, y sobre todo, porque caigo vencido en brazos de esa juventud a la cual he dedicado 30 años de enseñanza, rodeado por el apoyo y simpatía de mis compañeros en el profesorado”.

Empero, quien sintetizó con claridad magnífica, la historia de éste episodio asaz ingrato de nuestra Facultad fué el señor Profesor López de Mesa. Sus palabras, a más de encarnar el respaldo deontológico de quien las esculpiera, tienen la sugerencia aplastante del mazo. Hélas aquí: “Es un maestro. Hace 30 años que da a la Facultad tres horas diarias de su vida. No importa; en el choque entre una conducta enhiesta y el reglamento, la letra ha devorado al espíritu”.

“Norma de los tiempos, oh hábiles *contabilistas* de la ética nacional! Que la caja esté *cuadrada* aunque hayan desaparecido los

caudales. Un magistrado dice que debemos respetar el sufragio pero encumbra a quienes lo pervierten. La declaración *cuadra* la caja. Un magistrado encomia la dignidad de la patria pero elige para representarla en el exterior a alguien que nos intranquiliza". "Oh hábiles contadores de la ética nacional, no nos es dado aplaudir vuestra sabiduría!".

Así terminaba su tránsito fugaz por la Clínica Médica, el Profesor Esguerra. Fuí yo la causa eficiente e involuntaria de aquella lamentada renuncia. Su comportamiento señorial y fastuoso para conmigo, obliga mi gratitud y revive ahora mi admiración con vehemencia nunca bien expresada. Hay más todavía: a Carlos Esguerra débole el ser Profesor en esta Facultad, porque merced a los concursos por oposición que ulteriormente él estableciera, ¡aquí me encuentro ahora rindiéndole homenaje en éste Macrocosmo poblado por el curioso y dúctil realismo del Microcosmo humano!

* * *

Como un reconocimiento tardío, especie de rectificación tácita de errores cometidos contra el altivo profesor, pero al fin y al cabo un reconocimiento impuesto por los méritos del orgulloso científico, a fines de 1929 el Gobierno Nacional acordaba a Carlos Esguerra el título envidiable de Profesor Honorario de la Facultad Médica.

Disfrutaba el Profesor Esguerra de la tranquilidad de su vida privada cuando otro conflicto estudiantil prolongado por cerca de un mes y que mantuvo en tensión a ese gremio con grave detrimento para sus estudios, lo llevaba el 9 de mayo de 1930 —y rodeado por el unánime beneplácito universitario— hasta la rectoría de la Facultad de Medicina. El noble vencido de un año atrás volvía, ahora, como vencedor. Esta vez la caja estaba cuadrada en buena ley: habían aparecido los caudales... El Profesor Esguerra revivió entonces el optimismo, la actividad y la constancia creadora de sus mejores años. "Autonomía universitaria y reforma completa de los estudios —particularmente de los prácticos— sintetizaba la guía de su rectorado. Transformar y modernizar el carcomido pénsun existente, formar investigadores; degradar la rutina; consumir la intriga política y personalista; preparar técnica y progresivamente al profesorado; oxigenar, en una palabra la atmósfera científica de la

Facultad a su cargo, fué la idea fija, el móvil obsesionante la atención concentrada y firme de Carlos Esguerra. Y en Verdad que la cristalizó en grandísima parte. Claró está que en esta labor, —súbita e inesperadamente revolucionaria— hubo errores y desaciertos; alguna carencia de tacto o peligrosas explosiones de agresiva cuanto quizás necesaria franqueza.

Pero todo ello en nada empalidece sino por el contrario exalta el lustre asombroso que Esguerra imprimiera a la Facultad de Medicina. Apenas posesionado, el Profesor Esguerra deteníase algunos segundos, ante la entrada de la escuela. Aquel pequeño y desvencijado portalón resultaba verdaderamente ridículo así para acceso de carruajes como para la estética del edificio. Y cosa admirable pero natural en los trópicos: esta primera innovación material fué el primer tropiezo de la reforma. El Ministerio de Obras Públicas se opuso a la idea alegando para ello, innúmeros y complejos argumentos de Ingeniería. Pero, el Rector, lejos de amilanarse, obtuvo, gracias a su voluntad indomable, casi inmediatamente el cambio de la puerta de entrada.

Si exhumo esta anécdota (en apariencia inoportuna) es para subrayar los escollos, desidias, repulsas, consejas, telas de araña, prejuicios casuísticamente solapados con que hubo de topar a diario y casi a todo momento Carlos Esguerra, en el corto pero fecundo lapso de su Rectoría. Existe un hecho trascendental cuya esencia científica justifica por sí sola la gratitud de la República para con este patriota de romana contextura: la creación de los concursos para profesores agregados de la Facultad. Con este paso democráticamente pedagógico, Esguerra destronó a la par que la intriga ignorante, las riendas funestas del favoritismo. Intensa hubo de ser la satisfacción del austero clínico cuando vió salido de los moldes progresistas de su reforma, el escalafón por oposición del Profesorado.

Perdía así la Facultad el aspecto de isla fortificada que antes tuviera, abriendo de par en par sus puertas a las iniciativas de los profesionales viejos y jóvenes; se establecía el albor de la república universitaria —esa ciudad universitaria con que tanto soñara Carlos Esguerra—; se abolían sistemas feudales que la tornaban en organismo antipático para quienes no gozaran de sus privilegios, precisamente en los momentos en que el país había menester dominar

la superstición o sofocar la ignorancia. La vértebra sombría, el Gibraltar antireformista, habían sido rotos por Esguerra.

Y continuó el avance: ahora era indispensable otorgar participación a los estudiantes en las deliberaciones del Consejo Directivo de la Escuela. El proyecto, finalizó en hecho cumplido. Por votación pública el estudiantado elegía su representante.

A todas estas se establecía el laboratorio de Física y se equipaba el de Rayos X; por primera vez, hízose el inventario de la Facultad —mientras gracias al empuje indomable de su colaborador Jorge E. Cavelier— no solamente se iniciaba y completaba entonces el orden de la Biblioteca por la clasificación decimal, sino que se fundó la fecunda REVISTA DE LA FACULTAD DE MEDICINA que hoy es presea de nuestra institución. Convencido, el Profesor Esguerra, de que no obstante la calidad indiscutible de nuestro profesorado, existían palpables y crónicas deficiencias en la enseñanza práctica e individual, estimó urgente la venida de técnicos extranjeros. Este fué el origen de la famosa misión francesa precidida por André Latarjet y asesorada por Durand y Tavernier.

Quien discrimine, imparcialmente, el informe de las labores rendidas por la misión francesa, comprende, valoriza, la magnitud, alcance y proyecciones de estos sesudos trabajos. En armonía con el profesorado, la Junta de Beneficencia, la Dirección de Higiene y de Lazaretos, los franceses estudiaron a fondo lo relacionado con aquellas entidades y luego, en conjunto, elaboraron su plan de reformas.

Integra la razón asistía al profesor Esguerra cuando afirmaba nuestra debilidad en los estudios prácticos. Porque si la misión francesa halló que las enseñanzas meramente teóricas y las clínicas eran casi perfectas; así por la brillantez de sus profesores como por la instalación moderna del Hospital de San Juan de Dios “en cambio, nos ha parecido —informan— que en la Facultad de Medicina de Bogotá, las enseñanzas teóricas y técnicas combinadas, no corresponden a lo que se puede y debe esperar hoy día de una moderna Facultad de Medicina. Los laboratorios no son frecuentados como es debido; su material es a veces incompleto; el personal encargado de la organización, de los trabajos prácticos es demasiado joven y carece de una preparación científica y suficiente; faltan, pues, en estos servicios: conocimientos técnicos y espíritu de investigación”.

“Mediante esta doble disciplina de la clínica en el Hospital y

del laboratorio en la Facultad se desarrollarán en el futuro médico los sentimientos humanitarios porque así comprenderá éste, lo indispensable que es la sinceridad absoluta en todas sus investigaciones. En el laboratorio que suministrará la enseñanza de base al estudiante de Medicina, se adquieren los conocimientos indispensables y se crean los hábitos intelectuales necesarios para formar el buen médico. El espíritu científico nace de la observación controlada y del experimento ejecutado con el objeto de establecer o de verificar una ley. Al contacto de las disciplinas biológicas el carácter y la inteligencia del médico se ensanchan: "Renunciar a conocer un hecho científico, es disminuirse a sí mismo, decía Henri Poincaré".

El fruto de la misión Latarjet, lo palpamos todos en la estupenda organización de los actuales estudios de Anatomía y otras dependencias quirúrgicas y, en cuanto se refiere a su futuro alcance — ampliamente captado por nuestro Decano, Profesor Cavelier— parece ser el eje de la gran reforma que há dos lustros Carlos Esguerra pusiera en marcha.

¡La Reforma en marcha! Hé aquí un vocablo que todavía nos desconcierta. Pues bien: Esguerra fué su precursor e iniciador; su sostenedor y su víctima. A él debemos, la autonomía e independencia de esta escuela de Medicina; sus relaciones cordiales con la junta de Beneficencia; a él somos acreedores de la estructuración definitiva de los estudios prácticos; del ascenso riguroso por concurso en la sucesión profesoral y del espíritu rotundo de investigación que ya clarea en los horizontes de este suelo que es nuestra cuna, nuestra fe y nuestra esperanza.

Una rectoría como fué la suya; una batalla científica sin tregua proseguida por la destrucción sistemática e iconoclasta de semidioses fosilizados en la ortopedia rutinaria de sus prejuicios, apenas sí resistió por once meses las renovadoras sacudidas de Carlos Esguerra. Y fué así como en compañía del primer profesor agregado por concurso, Luis Zea Uribe, caía en abril de 1931, el viejo roble única y benaventinamente, porque la enérgica pulcritud de su dinamismo pecó contra los intereses creados....

* * *

Aquí fenece la existencia científica y activa del Profesor Esguerra. Alejado tempranamente, por voluntad propia de una clien-

tela de lujo —quizás porque sabía que el ejercicio profesional es efímero y azaroso como los postulados de la medicina misma— tornó risueño hacia el amable oasis de su hogar. Allí estaba la vitamina afectiva, la estrella maga, el soporte cordial de existir: su compañera doña Carlina Gómez, excelsa matrona dotada por el destino con todos y con cada uno de los atributos excepcionales que convergen milagrosamente en la mujer superior: distinción y comprensión ilimitadas; inagotable fuerza moral; límpido venero religioso; corazón arquitecturado en la seda finísima del sentimiento; dotes artísticas, literarias y sociales, femeninamente discretas, tolerancia exquisita y, aromado el conjunto por un amor de esposa cuyo ritmo grandioso, a través de los días era como la encarnación subjetiva y objetiva del anhelo expresado en verso por la compañera de Rostand: “Te quiero, hoy más que ayer y menos que mañana”.

Los triunfos científicos de sus dos hijos, engarzados en la compañía retozona de sus nietos, lejos de procurar cabida en el ánimo del profesor Esguerra ni a la decepción ni a la nostalgia, procurábanle por el contrario nuevas y renovadas fuentes así de reposo paternal como de serenidad filosófica.

La longevidad contraía los rasgos de su rostro en iluminada y espiritual benevolencia. Cuando lo encontraba venía hasta mi memoria el cuadro aquel del museo del Luxemburgo en que Alexis Muenier —apartado un tanto de la pintura latina y acercándose más a la escuela representativa inglesa— se perpetuaba en su popular “Lección del Clavicordio”.

La escena exhibe la penumbra de sobrio recodo familiar en cuya nitidez, destácase un anciano, con los ojos azules, la cabellera blanca y el rostro ovalado, frente al instrumento musical, en apacible contemplación, nó del búcaro de rosas, sino de una encantadora y rubia infanta que sobre el teclado posa las manecitas leves en suave y consentida negligencia. Este lienzo por la semejanza impresionante con sus dos personajes, me recuerda y evocará siempre al profesor Carlos Esguerra a raíz de su renuncia del Rectorado de la Facultad de Medicina. Para mí, en la “Lección del Clavicordio”, está él escuchando bondadosamente, con aquella bondad tan suya, los balbuceos artísticos de su nieta, la niña Paulina Esguerra Fajardo.

Desgraciadamente, esta arcadía balsámica no tardaba en dislocarse bajo el infortunio de aciaga y tajante desventura: la parti-

da eterna de doña Carlina Gómez. Para qué describir la hecatombe moral, el viacrucis de Carlos Esguerra? "Los navegantes que recorren los mares de púrpura más allá del Ganges —anota un escritor galo— relatan que han visto bajo aquellas aguas, rocas que son de piedra imantada. Cuando quiera que los bajeles pasan cerca de tan peligrosa zona, clavos, soportes, y herrumbres se arrancan hacia el acantilado submarino, incrustándose allí para siempre. Y, de lo que fuera una nave rápida, una morada, un ser viviente, no queda a la postre sino frágil flotilla de planchones dispersos por el viento o desechos por el vaivén de las olas". Así quedó el Profesor Esguerra con la desaparición de su dilecta esposa que encarnara la antena anímica e imantada de su vida: un ser desecho, flotando al acaso inmisericorde de angustiosa soledad.

Y sin embargo, mediante la introspección disciplinada de afectuosas reflexiones, logró y quiso sobreponerse al desastre. Los nietos acudían a su refugio en cuyo perímetro acogedor, la silueta traviesa de Polichinela presidía el alud de juguetes. Muñecos y maniqués sonoros lo mismo que docenas de exponentes del jardín juvenil alternando en encantador desorden con los mamotretos de estudio del dulce abuelo, servían de paredes y techos a ilusorias viviendas forjadas por el mundo infinitamente grande de la infancia. Los consejos filiales de Hernando Matallana, el único médico por quien aparentaba dejarse recetar el anciano, hicieron, al respecto, algo que encaja dentro de los resortes psicológicos de la sugestión hipnótica. Durante ocho años, Hernando Matallana fué el Charcot sentimental de Carlos Esguerra. Y, sobre todo, sus nueras dos reconocidos ejemplares de selección evocaban a diario, con sus atenciones y mimos la inmanente presencia de la gran desaparecida. El Profesor Esguerra reaccionaba de nuevo. Veneraba a las excelsas compañeras de sus hijos pero, de modo particular, sentía idolatría por esa matrona envolvente que es doña María Fajardo de Esguerra. A esta mujer sublime que añora el romanticismo de buen tono, débense los vendajes de comprensión suave que en esta vida de todos los días restañaban la sangría afectiva de Carlos Esguerra.

Con todo, la muerte de doña Carlina Gómez de Esguerra alcanzó a doblegar, con tinte indeleble, —y así en lo orgánico como en lo moral— la cristalina trayectoria humana del Profesor. Todos le veíamos en la calle con su deambular clásico, quizás más lento por el en-

fisema y esclerosis pulmonar que son a manera de verdugos finales en las longevas existencias. La mirada cariñosa de sus innumerables discípulos seguía aquella silueta santaferaña nimbada de inquietud y ansiosa de esperanza.

El nihilismo postrero de Carlos Esguerra, su desdén absoluto por la vida; tal vez fueron aparentes y convencionales porque resultaba metafísicamente imposible que este inmenso corazón y esa prodigiosa sensibilidad —carente de la respiración moral de su compañera— no anhelaran, espiritualmente la suprema paz de los trasmundos ideales.

Cuando así contemplábamos al Profesor Esguerra cianótico y disneico; pesimista y melancólico pensábamos involuntariamente, en la desolación descrita por Sienkiewis; “el hombre, vése obligado a transitar entre sus semejantes y hasta sonreír algunas veces mientras su pobre corazón ama, sufre y recuerda”.

* * *

Quiso esta Facultad de Medicina, y, en su nombre, el señor Profesor Decano, otorgarme el privilegio de analizar a grandes rasgos la vida y las obras de Carlos Esguerra. Este retrato al óleo —elaborado y concebido en afortunada sutileza psicológica por Inés Acevedo Biester— nos muestra imperecederamente al noble profesor en los mejores años de su carrera científica: allí está su busto, algo encorvado, su rostro grande que, a través del recio colorido del fondo, torna más ruda la desarmonía con su talla exigua; los ojillos azules en donde las pupilas puntiformes, semejan acumuladores desafiantes de vivacidad. Aquí le tenemos en toda su majeza catedrática. El este de su fisonomía se impone entre este desfilar memorioso de cortesanos científicos, con energía jamás desmentida y con acción nunca igualada por ellos. Al pie de este marco bronceado —ameritado por la presencia patrióticamente justiciera del Excelentísimo señor Presidente de la República y de otros colombianos ilustres—, debiera escribirse el elogio póstumo del maestro Sanín Cano:

“Carlos Esguerra, ejemplo de altas virtudes, colombiano ligado a la patria por amor hondo y desinteresado, apóstol de la ciencia, evangelista de la honradez política y de la tolerancia, pasa a la eternidad en momentos en que la patria llena de aprehensiones, la civili-

zación entre escombros, la juventud sobrecogida y escéptica habían menester su palabra, lampos de su fe y el espejo de su vida para renovar sus esfuerzos al servicio del bien entero y sin escorias”.

LOS DESASTRES DE LA AVIACION Y LA MEDICINA: CHAGAS Y BANTING *

Hace poco en estas mismas columnas (1) hízose hincapié en los terrores casi increíbles que ha sembrado la navegación aérea en el tembloroso seno de la civilización moderna. Otro aspecto no menos triste de ese nuevo factor de progreso lo ofrecen los accidentes de que casi inevitablemente va rodeado, como sucede con todo invento humano, por perfecto que parezca. En fecha muy reciente, dos de esos percances han tocado muy de cerca a la medicina (2).

El 8 de noviembre de 1940, se desplomaba un avión en Río de Janeiro, y entre las víctimas figuraba una de las jóvenes glorias de la sanidad brasileña, o digamos más bien panamericana. Se trataba nada menos que de Evandro Chagas, hijo del ilustre investigador, cuyo fallecimiento había tenido lugar ;triste efemérides! precisamente siete años antes, y distinguido con derecho propio por sus estudios de parasitología, y en particular de la leishmaniasis y del paludismo, algunos de los cuales había descrito poco antes con toda brillantez en el VIII Congreso Científico Americano de Washington. Iniciado desde muy joven en las disciplinas científicas, Evandro había avanzado paso a paso por una senda en la cual cada vez iba conquistando mayor talla científica, y apenas cumplidos 35 años de edad, eran de esperar de él nuevos y bellos trabajos y avances. Su último plan de trabajo, vasto en verdad, comprendía el saneamiento palúdico, paso a paso, de toda la cuenca del Amazonas, en la tradición más pura de las grandes obras de la sanidad panamericana.

Otra pérdida semejante, y que ha tenido aún más repercusión, tuvo lugar pocos meses después el 21 de febrero de 1941 en Terranova, al aplastarse el avión de bombardeo en que camino a Inglaterra iba el comandante Sir Frederick Banting, sin cumplir aún los 50 años. A su tierra natal regresaba en estos momentos de angustia

(*) Tomado del Boletín de la Oficina Sanitaria Panamericana. Año 20, Nº 5. Mayo, 1941.

(1) Editorial: “Boletín” de dbre. 1940, p. 1269.

(2) Con mayor suerte escapó con vida de un percance semejante en fecha más reciente el notable cirujano estadounidense, Dr. George W. Crile.

el descubridor de la insulina, (1) a poner en conocimiento de las autoridades ciertos estudios fisiológicos que consideraba de mucho valor para los peritos militares en sus bruscos descensos.

Más de una vez se ha contado la historia del descubrimiento que diera fama universal a Banting. Mero instructor en fisiología, al prepararse una noche de octubre para dar una clase acerca de la diabetes a los estudiantes de la Universidad de Toronto, vió mencionado que un alemán (1869) había encontrado en el páncreas racimillos de células especializadas a las que se había dado el nombre de islotes de Langerhans, y que éstos siempre mostraban degeneración en los cadáveres de los diabéticos. Recordando que estos enfermos no pueden oxidar el azúcar que consumen, Banting dedujo que dichos islotes debían segregar alguna substancia que actuaba a modo de encendedor. Dió la casualidad que aquella misma noche nuestro fisiólogo leyó en una revista de medicina que, si se liga un conducto pancreático, se atrofian y mueren las células que segregar el jugo digestivo, quedando las insulares más o menos intactas. En un chispazo de genio, visualizó el problema en toda su extensión, anotándolo en unas breves frases trazadas a la carrera en un cuaderno: "Amarrar el conducto pancreático de los perros. Esperar seis a ocho semanas a que se presente la degeneración. Retirar el residuo y extraerlo".

Al día siguiente, Banting se acercó a su superior, el Prof. Macleod, Director del Departamento de Fisiología de la Universidad, para pedirle que le facilitara 10 perros y un ayudante que trabajara con él por ocho semanas. Consiguió ambas cosas, teniendo la suerte de que el ayudante fuera nada menos que Charles Herbert Best, todavía estudiante de medicina, pero ya perito en las mediciones de la glucemia. En un laboratorillo caluroso y destartalado, y que pronto apestó a cloroformo y éter, comenzaron los estudios, en los que se tomó la curva del azúcar sanguíneo como índice del valor de los extractos ensayados. Después de ligar en varios perros toda posible comunicación de los conductos entre el páncreas e in-

(1) En realidad, y según ha apuntado Macleod, el primer paso dado hacia el descubrimiento de la insulina fué la observación de Brunner en 1683 de que la extirpación del páncreas iba seguida en el perro de ciertos síntomas peculiares que él no identificara, pero que se sabe hoy día eran los de la diabetes. En 1788 Cowley indicó la existencia de una relación entre el páncreas y la diabetes, y así lo confirmó Borchardat en 1845. Vinieron después varias investigaciones infructuosas, hasta que en 1899 Minkowski y von Mering produjeron diabetes con la pancreatometomía, gracias a no haber dejado resto alguno de la glándula, lo cual no habían hecho los que los habían precedido en semejantes experiencias, y Zuelzer en 1907, Scott en 1912 y Murlin, Clark y colaboradores en 1916 ofrecieron nuevos aportes a nuestros conocimientos del problema, que más de uno de ellos estuvo casi a punto de resolver, preparando así el terreno para Banting.

testino, y de dejar transcurrir aproximadamente un mes a fin de que se atrofiara la glándula, preparaban extractos salinos del páncreas atrofiado. Esos extractos eran inyectados intravenosamente en otros perros en que se había provocado diabetes, a fin de observar si producían o no hipoglucemia, y en esto ayudó mucho el conocimiento poseído por Best de técnicas microquímicas para calcular el porcentaje de azúcar sanguíneo. Como testigos emplearon extractos de otros tejidos. Animados ya por los primeros éxitos, y dado que el procedimiento era algo complicado y prolongado, decidieron después tratar de obtener extractos de la glándula normal, y Banting y Best comenzaron con el páncreas fetal, sabiendo que los fermentos digestivos no entran en juego sino hacia la fecha del nacimiento. Visto que también ejercían efecto hipoglucémico, comenzaron luego los investigadores a utilizar páncreas de reses obtenidas del matadero, echando mano al alcohol para impedir la acción de los fermentos digestivos. Una solución salina del residuo también mostró efecto hipoglucémico.

A los primeros 10 canes siguieron otros muchos, tantos que uno de aquéllos en que culminó la pesquisa, llevaba el número 92. Por fin un día, tras semanas de paciente experimentación, sucedió el milagro. A un perro diabetizado por la pancreatectomía, y ya moribundo e incapaz de ponerse de pie, Banting y Best le inyectaron cierta cantidad de extracto. No tardó mucho en comenzar a descender la hiperglucemia, y a las pocas horas el animal, ya de pie, sacudía la cola.

Faltaba todavía la prueba definitiva, o sea la humana. Un compañero de Banting, el doctor Joe Gilchrist, se hallaba en estado avanzado de diabetes, apenas subsistiendo del régimen de ayuno que imponían en aquella época a los enfermos. Se ofreció a recibir insulina, y administrada ésta subcutáneamente, a las pocas horas tenía la cabeza despejada, y podía marchar sin dificultad, siendo así de los primeros a quienes la insulina les devolviera una vida casi normal.

Al extracto que habían obtenido, Banting y Best lo llamaron al principio isletina, nombre éste luego cambiado a insulina, de acuerdo con la designación propuesta en 1916 por uno de los precursores de Banting, Schafer, para la hipotética secreción u hormona del páncreas. Cuando se trató luego de preparar el producto en gran escala, por varios meses (en 1922) todos los esfuerzos fracasaron, debido, según se averiguó después, a que no se había graduado debidamente la acidez en varios períodos del procedimiento de extracción, obstáculo éste que se eliminó después mediante la determinación por Schafer y colaboradores del punto isoelectrico al cual tiene lugar la precipitación máxima de insulina.

El *cordon bleu* de la Medicina, el Premio Nobel concedido en 1923, reconoció la importancia de una de las proezas mayores de la

Ciencia. La generosidad de su país ponía igualmente a disposición de Banting un instituto magníficamente instalado (1) en qué poder continuar sus investigaciones, y del cual, da pena confesarlo, nada salió que se comparara ni siquiera de lejos, a lo realizado en el cuartico en que descubriera, a pesar de todo género de dificultades, el gran específico contra la diabetes. Una de las características más sobresalientes del sabio y que lo hizo persistir en su estudio fundamental a pesar de los repetidos desalientos iniciales, fué la indomable persistencia y casi obstinación que caracterizó toda su vida. Una de las anécdotas que sobre él corren, relata que, ya en la primera Guerra Mundial, Banting, que servía con las fuerzas expedicionarias del Canadá, había sido herido en el brazo, y cuando le dijeron que si no se lo dejaba amputar moriría infaliblemente, se negó a la amputación, prefiriendo arriesgar la muerte. En la segunda Guerra Mundial, ya pasada la edad de servir en las filas, estableció en el acto un laboratorio de aviación que le permitiera contribuir algo tangible y directo a las operaciones militares.

Según se averiguó después, Banting no pereció inmediatamente en la catástrofe. Casi moribundo y fiel a las tradiciones de su profesión, se puso a vendar las lesiones del capitán del avión, que fué el único sobreviviente. Realizado eso, se echó en un lecho de ramas tronchadas, y arropándose en su abrigo, cerró los ojos para siempre.

Poco aparentemente tienen en común las vidas de esos dos investigadores; uno brasileño y otro canadiense. Ambos sí fueron glorias legítimas de la Medicina americana, y ambos en común participaron de un gran amor y un gran ideal: Patria y Ciencia.

Psitacosis en Argentina.—En un detenido estudio, Barros (*Prensa Méd. Arg.*, mzo. 20, 1940, p. 603) discute las epidemias de psitacosis observadas en Argentina en el decenio 1929-1939, detallando las características clínicas, epidemiología, anatomía patológica, diagnóstico, y etiología de la enfermedad. En Argentina, la pandemia de 1929-30 afectó a Córdoba, Alta Gracia, Tucumán, Buenos Aires, y probablemente El Tío y La Francia, con menos de dos centenas de casos. En los años siguientes se observaron brotes dispersos: en Tandil (9 casos; 2 defunciones) en diciembre 1939; en Lanús (dos casos) en mayo 1936; en Bahía Blanca (dos casos) en septiembre de 1937, en un matrimonio, procedente de Choele-Choele; en Tandil en diciembre de 1937, en un matrimonio, y un nuevo foco de cuatro casos en la misma población en enero 1938; en marzo de 1938 un grupo familiar de cuatro casos en Mar del Plata;

(1) La colecta para esto fué iniciada en 1923, proponiéndose crear la Fundación Banting de Investigación Médica con \$ 1,000,000. El primer donante fué el doctor Banting mismo, quien regaló la parte que le había correspondido del Premio Nobel. En 1930 se inauguró el Instituto Banting costado por el Gobierno de la Provincia de Toronto, la Universidad de Toronto y la Fundación Banting.

en agosto del mismo año el caso de Miyara en Mendoza, y en octubre el brote de Bahía Blanca (seis casos), originado por un matrimonio procedente de Buenos Aires. En diciembre 1938 se infectó accidentalmente Zuccarini del Instituto Bacteriológico. En 1939 se observó un nuevo brote epidémico en Buenos Aires, con 27 casos y 13 (48%) defunciones. En la pandemia de 1929-30, enfermaron en Córdoba 49 varones y 36 mujeres, y para Barros no hay diferencias de receptividad según el sexo, sino diferencias de exposición al contagio. La enfermedad afecta de preferencia a los adultos, de 45 a 55 años, y casi nunca a los niños, y notablemente a los vendedores de aves. La transmisión interhumana puede considerarse como demostrada en la actualidad. En la Argentina, las epidemias mayores se han presentado en el invierno, y al finalizar esta estación, y las temperaturas bajas parece que afectan favorablemente el desarrollo de la enfermedad. Del estudio de las diversas epidemias, dedúcese que la mortalidad asciende a un 20%. La pandemia de 1929-30 se vincula esencialmente a aves importadas; los casos posteriores, a endemias en criaderos locales; y en la actualidad el virus se observa también en animales en libertad. En el hombre, la incubación tarda de 7 a 14 días, y los síntomas iniciales son vagos: decaimiento, dolores generalizados, anorexia, fiebre, transpiración, cefaleas violentas, sed intensa, a veces escalofríos, inflamación difusa de la faringe, y enrojecimiento de los bordes de la lengua, que se reseca y toma la consistencia de cuero. En el último brote de Buenos Aires, observáronse manifestaciones hemorrágicas de la piel. La enfermedad afecta intensamente al sistema nervioso, como demuestran los trastornos de la conciencia, el estupor profundo, delirio confusional, cefalea, hiperestesia cutánea, temblor de las manos, y alteraciones de los reflejos. El cuadro sanguíneo revela: anemia secundaria discreta progresiva, leucopenia en el acné de la enfermedad con polinucleosis y aneosinofilia, que ceden con la mejoría. Las complicaciones pleurales son raras.: Han fracasado los tratamientos probados hasta ahora. Las investigaciones originadas por la pandemia de 1929-30, indican que la psitacosis es producida por un virus filtrable.